



AINKAA

Revista de Estudiantes de Ciencia Política
Volumen 4 - N° 8 / e-ISSN: 2590-7832
Julio - diciembre de 2020

Los movimientos estudiantiles en América Latina en el siglo XXI

Fernando Montiel Martínez
Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Azcapotzalco, México





AINKAA

Los movimientos estudiantiles en América Latina en el siglo XXI*

Fernando Montiel Martínez**

Resumen

El estudio reciente de los movimientos sociales suele coincidir en que a partir de 2010 las formas de la protesta adquirieron características únicas. El análisis de estos aportes permite bosquejar un modelo general de movimiento social en años recientes. No obstante, cada levantamiento presentó sus particularidades. En América Latina estos se nutrieron de una alta participación estudiantil. Esta singularidad, al observarla desde los estudios más generales, permite una caracterización de los movimientos estudiantiles latinoamericanos en este siglo.

Palabras clave: movimientos sociales; siglo XXI; movimientos estudiantiles; América Latina.

* Una primera versión de este artículo fue presentada en el VII Coloquio Estudiantil sobre Identidades en América Latina (2018-2019) con el título *Movimientos Estudiantiles en América Latina. Identidad en las protestas*, llevado a cabo en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) del 8 al 12 de abril del 2019.

** Estudiante de Licenciatura en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco (México).
Correo electrónico: fdomnt@gmail.com

Introducción

“Los dolores que quedan son las libertades que faltan”
(Manifiesto Liminar de la Federación Universitaria de Córdoba en Tatián, 2017, p. 27).

Durante la década de 2010 surgieron movimientos sociales en todo el mundo con una diversidad de reivindicaciones y motivos que resulta aventurado encontrar una raíz común a todos ellos. Enlistar los movimientos surgidos en este lapso resulta una tarea compleja y siempre incompleta, pues si bien existen representantes muy reconocidos, estos pudieran eclipsar otras experiencias igual de significativas e incluso más fructíferas. Junto a los manifestantes se irguió un esfuerzo por analizar su procedencia y accionar.

Estos esfuerzos intelectuales acompañaron las luchas populares durante su gesta, crecimiento y desvanecimiento, muchos de ellos empapados de optimistas esperanzas y otros embebidos de angustia que cuestionan sus formas y prácticas, sin exentar análisis maniqueos motivados por la premura y el fulminante paso del acontecer de los hechos. Con una década de estudios se han podido desarrollar matices que logran hacer un recuento y balance de los movimientos e incluso algunos estudios globales que presentan características que comparten todas estas experiencias.

Es en este último punto en el que se centra el presente texto, en exponer una caracterización de los movimientos estudiantiles latinoamericanos del siglo XXI, sostenido por una revisión bibliográfica

que abarca dos temas generales: el estudio de los movimientos sociales contemporáneos como marco de las manifestaciones estudiantiles y la experiencia latinoamericana para observar las características que comparten ambos procesos, así como la apropiación que han hecho los estudiantes de los métodos y herramientas prestados de otras experiencias.

Para ello dividiremos el texto en las siguientes secciones: una primera que presenta algunos de los debates construidos en torno a los movimientos sociales acaecidos en el globo durante estos diez años, así como algunos de los debates que los formaron y sus principales conclusiones.

La segunda sección presenta un breve contexto de los movimientos sociales en América Latina durante el presente siglo, con una doble intención: enmarcar los movimientos estudiantiles surgidos en la última década en un ámbito más amplio, no exhaustivo, y cuestionar el presupuesto de la apatía juvenil y ciudadana que padecía el continente antes de los levantamientos estudiantiles. Le sigue una tipificación de las luchas que surgen en la relación entre educación y movimientos sociales: al trascender el ámbito institucional la cuestión por la educación ha interpelado a diversos actores que la han defendido de acuerdo a criterios propios, de lo que resulta una lucha en tres frentes, al menos, por una educación más igualitaria: movimientos magisteriales, movimientos estudiantiles y movimientos por una educación alternativa.

De estos tres, en la tercera sección, nos centraremos en el movimiento estudiantil,

que explotó con fuerza en diversos países de la región en la década de 2010. Recogiendo los aportes del estudio reciente sobre los movimientos sociales y añadiendo algunas de las dimensiones relativas a la caracterización de los movimientos estrictamente estudiantiles se presentará un esbozo sobre su desarrollo, utilizando como ejemplo diferentes experiencias de los movimientos estudiantiles que sacudieron la región en esta década.

Los movimientos sociales post 2011

“Lo que está en juego en [la acción de los movimientos sociales] apunta hacia el sujeto mismo, hacia la *capacidad de ser sujetos*” (Bizberg, 2015, p. 272).

El decenio inaugurado en 2010 convulsiona el mundo. En diferentes partes del globo se suscitaron diversos movimientos sociales, con demandas específicas, que cuestionaron no solo sus realidades nacionales, sino también los métodos utilizados para su observación.

Algunos de los movimientos sociales más renombrados de este período son: la *primavera árabe*, surgida en 2011, denominada como primera experiencia. Posteriormente la península ibérica se levantaría ese mismo año; el movimiento 15-M es uno de los más notorios, aunque no se debe olvidar que las movilizaciones trascendieron esta parte geográfica y se dieron en otros países de Europa. El 2011

cerró con movimientos que signaron a otros que los acompañaron y algunos que les seguirán: *OccupyWall Street* que encontraría resonancia en varias ciudades norteamericanas y los movimientos estudiantiles en Chile y Colombia. Para 2012 el movimiento *#YoSoy132* cuestionaría el sistema político mexicano. Luego en 2013 Brasil, Turquía y Hong Kong confirmarían la dimensión global de los movimientos sociales. Estudiantes paraguayos cimbrarían una de las universidades más importantes del continente al cuestionar la integridad de sus autoridades en 2015. *NuitDebout*, en Francia en 2016. En 2018 los estudiantes centroamericanos y América del Sur un año más tarde, 2019, nos recuerdan que la lucha no ha terminado.

Cada una de estas experiencias presentó particularidades ligadas a los contextos en que emergieron. No obstante, existen dimensiones de la protesta que las hacen comparables, rasgos que los permean a todos, pero a cada uno con diferente grado, lo que permite hablar de una “ola internacional” (Salinas, 2015, p. 6) de protestas, que comparte más que un horizonte histórico (Wallerstein, 2013).

Los estudios que acompañaron a estos movimientos señalaron algunas de sus características comunes: el núcleo social, conformado por jóvenes con altos niveles de estudios (Salinas, 2015, p. 3); la horizontalidad de las organizaciones (Alonso y Alonso, 2015), acompañada de liderazgos difusos (Martí I Puig, 2018); el rechazo a la política institucional y una demanda por una democracia que trascienda la participación política tradicional, cifrada en el voto

(Bizberg, 2015); la incidencia de las nuevas tecnologías de la información en la protesta (Rovira, 2017), un repertorio de acción ligado a lo artístico (Welp, 2015); la pluralidad de demandas (Alonso y Alonso, 2015) y actores a los que se confronta (Orellana, 2017), son de las más importantes.

Si bien esta caracterización ha logrado un consenso generalizado, también ha suscitado debates importantes, puesto que los análisis discreparon en la importancia de algunos de estos componentes, así como en los efectos que tuvieron dentro y fuera de los movimientos. Algunos de los debates centrales se refieren a la novedad de los movimientos sociales surgidos en el presente siglo; a su composición, si estamos frente a movimientos locales o ante uno global (Pleyers, 2018); al papel que han tomado las nuevas tecnologías de la información e internet en las protestas; al respecto de la organización horizontal e incluso sus demandas.

Aunque los debates son complejos a continuación se presentará un esbozo de cada uno de ellos que pretende, por una parte, delinear las principales ideas que los sostienen y, por la otra, mostrar la posición que se defiende aquí, al respecto de cada uno.

La “trampa analítica” de la novedad

Desde el surgimiento de la “primavera árabe” se enunció con ahínco la novedad implícita en estas movilizaciones, tanto por los métodos y prácticas ejecutados por ellos. Estos elementos permitieron emanciparlos de sus predecesores de manera inmediata, pues se mostraban como únicos. No obstante, la pretendida novedad reavivó

un debate semántico en torno a los conceptos que definen las realidades observadas.

La supuesta novedad se ancló tanto en la admiración por las formas de organización y participación de sus integrantes, así como en la temporalidad que los acompañaba; a un nuevo siglo le corresponden movimientos más nuevos. Si bien de aquí proviene la idea de que las herramientas analíticas que poseemos para entender los movimientos sociales han perecido, esto no implica una radical novedad en las prácticas y organizaciones que caracterizan las revueltas más recientes. Puesto que las características propias que le brindan tal prefijo trascienden los movimientos más recientes.

El enfoque de los “novísimos movimientos sociales” (Feixa, Pereira y Juris, 2009, p. 425) señala el uso de internet, las nuevas formas de organización, un énfasis en el globalismo y su articulación local, así como la existencia de demandas hacia actores distintos al Estado (Zibechi, 2014b), enuncian una transformación de la protesta situada en la frontera entre lo virtual y lo físico, posibilitada por el capitalismo tecnológico surgido en el nuevo milenio (Feixa, Pereira y Juris, 2009). Estudios más recientes (Pleyers, 2018; Rovira, 2017) han señalado que las prácticas emblemáticas de los novísimos movimientos sociales han estado presentes por casi un cuarto de siglo en el repertorio de acciones de los movimientos sociales, tal es el caso del uso de internet o las acampadas, insignias de la mayoría de los movimientos contemporáneos. Al mismo tiempo han reconocido que la apropiación de estas prácticas por

los nuevos actores trasciende una imitación de sus predecesores, por lo que analizar las dinámicas de movilización se complementa con la comprensión de su sentido expresado por los activistas (Juris y Pleyers, 2009). Incluso la frontera entre una protesta en línea y otra en las calles se ha desdibujado, puesto que la simbiosis entre ambas facetas de la protesta se ha presentado como una propuesta más esclarecedora (Flores, 2015).

Movimientos globales o movimientos locales

La protesta desbordó cualquier límite geográfico y prácticamente se desató en todos los continentes. Ante tal propagación los debates por las dimensiones que las demandas tendrían se dividieron entre quienes defendían la existencia de un movimiento internacional y los que proclamaban la existencia de movimientos nacionales enmarcados por contextos particulares. Aunque es necesario reconocer la particularidad de cada movimiento específico, en el presente se defiende que existe una dimensión global que permite la comparación de movimientos surgidos en diversas latitudes, pero que no implica un movimiento que posea un nivel de organización global, ni que posea intenciones de hacerlo, más bien el apoyo internacional que los movimientos contemporáneos buscan se cifra en el reconocimiento de su lucha y en el intercambio de saberes que posibiliten una práctica autónoma (Pleyers, 2018).

Internet y movimientos sociales

Con la vertiginosa sucesión de los movimientos sociales las explicaciones se aglutinaron sobre la importancia de las redes sociales, pensada como una de sus características más novedosas y emblemáticas (Salazar, 2015). La incipiente discusión originó tres perspectivas: una que denuncia la alta estima que presuponen los análisis sobre su uso en los movimientos sociales, argumentando una importancia mayor de los medios de comunicación tradicionales; una segunda, negativa que recuerda el impacto que la brecha digital tiene sobre las sociedades, denunciando la superficialidad de las manifestaciones masivas convocadas vía internet; por último, la tercera perspectiva, definida como positiva, considera que las redes sociales y los dispositivos inteligentes logran una difusión exponencial de las convocatorias (Welp, 2015).

Posteriormente a más de un lustro del surgimiento de los movimientos sociales estudiados, el debate sobre las nuevas tecnologías de información ha adquirido matices importantes. Entre los que destacan la complementariedad que adquirieron el uso de las nuevas tecnologías y las manifestaciones físicas (Flores, 2015); la constitución de movimientos locales y nacionales en detrimento de la organización de un movimiento global (Pleyers, 2018) y el reconocimiento de la historia del uso de internet por los movimientos sociales surgido hace más de dos décadas con el movimiento zapatista en 1994, como demuestra Rovira (2015, 2017). Estos aportes han permitido situar la importancia de las nuevas tecnologías en la simbiosis que estas

poseen con las manifestaciones públicas de los movimientos sociales (Pleyers, 2018), desestimando así el fetichismo tecnológico que marcó las primeras discusiones.

Organizaciones horizontales

El distanciamiento que los movimientos sociales han tenido con las instituciones políticas posee un par de consecuencias importantes. La primera es la reinterpretación de la democracia como un valor propio de la vida cotidiana que trasciende las urnas. La segunda es una organización más flexible y horizontal de los movimientos sociales contemporáneos que permitió la creación de “espacios de experiencia” relativamente autónomos donde la vivencia de los valores enarbolados por los movimientos fuera posible (Pleyers, 2018). Ambas peculiaridades han sido acusadas como prácticas despolitizantes que solo perjudican la fuerza revolucionaria que incuban los movimientos sociales tradicionales (Alonso y Alonso, 2015).

El ejercicio de relaciones más horizontales y flexibles por parte de los movimientos sociales contemporáneos ha permitido el cuestionamiento de formaciones jerárquicas y verticales. Este compromiso político está anclado a la autonomía individual de los miembros del movimiento que les permite la asociación libre a proyectos específicos relacionado con sus afinidades personales. De esta manera los movimientos poseen voz propia, pero no representantes, sus valores son encarnados por sus miembros y presentan un sendero “para ir construyendo

presentes que se consoliden en futuros viables, no asegurados, pero factibles” (Alonso y Alonso, 2015, p. 24). Así, el cambio puede alcanzarse mediante la conjunción de acciones particulares, situando al individuo atomizado, estandarte de la sociedad neoliberal, en el centro del compromiso político (Pleyers, 2018).

Democracia como demanda

Una de las diferencias menos abordadas en el estudio del presente ciclo de protesta es la establecida entre el estudio de los movimientos de oriente y occidente. Si bien se ha defendido la idea de una dimensión global del fenómeno, ésta no debe confundirse con una posición simplista de heterogeneidad de los diferentes movimientos.

La ola internacional de protesta que comienza en oriente con la “primavera árabe” en contra de regímenes dictatoriales y concluye con el derrocamiento de longevos gobiernos autoritarios. Posteriormente la indignación recorrería a Occidente desde Europa, pasando por Norteamérica, Estados Unidos y Canadá, anidando durante un largo período en América Latina, Chile y Colombia primero; México después y por último en Brasil, dónde no solo cambiaría de aires geográficos, sino también de oponente, pues ahora los gobiernos democráticos serían su adversario a vencer; para regresar a Oriente en las manifestaciones tunecinas y los paraguas hongkoneses, una vez más en disputa con gobiernos dictatoriales

Si bien es un hecho la diferencia entre los regímenes políticos de ambos lados del

globo, las distinciones del régimen, lejos de aportar una dimensión densa al análisis, suelen presentarse de manera simplista para definir los sistemas políticos abiertos que posibilitan las acciones colectivas, de aquellos cerrados que las condenan (Welp, 2015) o para sugerir la diferencia de manifestarse frente a uno u otro: “no es lo mismo rebelarse contra un gobierno de derecha, pero democrático [...] que contra una autocracia” (Natanson, 2013, p. 96).

Por lo tanto, la demanda por la democracia que los movimientos erigieron no debería obviarse, puesto que trasciende el carácter del sistema político en el que se desarrollan los movimientos sociales. Enraizada en el distanciamiento de la política institucional, la centralidad de esta demanda recae en la consideración de la “democracia, la justicia social o la dignidad” (Pleyers, 2018, p.39) como prácticas y exigencias personales. Esto se une a la crítica de la clase política que se considera, no representa los intereses del movimiento; a la denuncia por la escasa importancia que posee la participación ciudadana en la democracia representativa. Lo que redundaba en la propensión apartidista que comparten los movimientos (Pleyers, 2018).

Estos cuatro debates poseen una doble importancia: por una parte, han delineado el estudio de los movimientos sociales recientes en torno al núcleo de particularidades que se han revelado como propias de los mismos. Por la otra, el exuberante número de calificativos que se les ha dado, anclado a la característica que se enfatiza como preponderante en la formación de los movimientos, ha permitido un

debate que evidencia un peso particular de estas dimensiones para cada experiencia.

Ante esto preferimos nombrarlos como *post 2011* (Ponce, 2018, p. 279) epíteto que toma como base las propiedades comunes a estos movimientos y que reconoce el papel activo de los integrantes al interior del movimiento, así como el corte temporal en el que surgen.

Los movimientos sociales en América Latina

“Durante los últimos 20 años, los países en América Latina han asistido a una ampliación, diversificación e intensificación de la conflictividad social y política... [en la que] resulta fácil advertir la centralidad que ha venido asumiendo el conflicto del campo educativo” (Gentili, Suárez, Sturbin y Gindín, 2004).

Cuando los movimientos estudiantiles estallaron en América Latina en 2011 los análisis que acompañaron su incipiente crecimiento entonaron con orgullo el despertar de los estudiantes en particular, y de la sociedad en general (Domínguez, 2006; Natanson, 2013). No obstante, la idea de una ciudadanía apática difícilmente se sostiene al constatar la diversidad de movimientos acaecidos en la región en la década precedente a los movimientos aquí

descritos (Orellana, 2017; Rodríguez, 2013). Sin mencionar el movimiento alter-mundista que inundó el globo en el primer lustro del presente siglo (Martí I Puig, 2004; Pleyers, 2010), donde la región latinoamericana constituyó sus propias formas de acción.

El antecedente común que comparten los movimientos contra la globalización surgió en México, en 1994, con el levantamiento del movimiento zapatista que tendría como principal demanda la anulación del Tratado de Libre Comercio, firmado ese mismo año, erigiendo así a los movimientos indígenas y campesinos como estandarte de lucha contra la globalización rampante (Svampa, 2010). No obstante, este tipo de movimientos no solo marcarían el inicio de un nuevo tipo de protestas sino también la vanguardia, en cuanto a alternativas al modelo capitalista se refiere, puesto que articulan una organización autónoma del Estado y el mercado, y promueven cosmovisiones distintas (Pleyers, 2018).

Paralelamente transcurren otros movimientos que también critican la incorporación de América Latina a la globalización, tales como los movimientos urbanos territoriales, que cifrarían el territorio, en su doble entendimiento como hábitat y comunidad (Svampa, 2010) y como eje de los mismos (Zibechi, 2014b); los socio-ambientales, que denunciarían las políticas extractivistas que pondrían los gobiernos como base de políticas económicas (Svampa, 2010); a los que se sumarían, ya en la presente ola de protesta, los movimientos democratizadores, que encuentran

en la batalla de la información uno de sus principales frentes (Cárdenas, 2016); los movimientos por la justicia, contra la violencia y la impunidad (Bizberg, 2015), que denuncian la impunidad y “desafían la manera en que la violencia se encuentra elaborada por los gobiernos y los medios dominantes” (Pleyers, 2018, p. 152). Por último, los movimientos por la educación en sus distintas vertientes: magisterial, estudiantil y de educación alternativa.

De tal manera, en los primeros lustros del siglo XXI los movimientos en América Latina han cobrado fuerza, visibilidad y se han conformado como interlocutores en la región (Svampa, 2010). Con una historia rica y compleja, con marcas en diversas esferas de las sociedades latinoamericanas, recopilar una historia sobrepasa nuestras intenciones, por lo que nos centraremos en las luchas por la educación.

Los movimientos por la educación

Los movimientos relacionados con la educación en la región han presentado al menos tres formas: una magisterial que ha luchado contra la precarización de la profesión docente; una segunda, que resulta de la educación alternativa impartida por los propios movimientos y una tercera, la netamente estudiantil, que tiene en este grupo sus principales bases, que ha presentado una diversidad de demandas y una articulación con otros actores que difícilmente alcanzan las primeras dos.

A continuación, ofrecemos un esbozo del desarrollo de estos frentes en nuestro continente: el movimiento magisterial, el

movimiento por una educación alternativa y el movimiento estudiantil. Si bien los movimientos estudiantiles fueron los más abordados, es importante reconocer el valor e importancia que otras expresiones de lucha cobraron en este mismo periodo, aunque con menor resonancia y suerte.

El movimiento magisterial ha formado parte de la mayoría de los conflictos en la lucha por la educación desde los últimos años de la década de 1990. En el quinquenio 1998-2003 los docentes han protagonizado 863 conflictos en la región (Gentili et al., 2004). Resultado de las disonancias entre los ambiciosos proyectos de Reforma Educativa emprendidos en el cambio de siglo y las condiciones políticas y económicas que marcan las disputas y que se ciernen, en su mayoría sobre la labor docente y las condiciones salariales (Gentili et al., 2004). De esta manera, se puede asociar la educación a movimientos que trascienden el eje temporal del aclamado despertar de las sociedades y se sitúa un campo específico de lucha por la educación con actores que persiguen intereses gremiales en su mayoría.

Como ejemplo, en años recientes y paralelo a otros movimientos juveniles —uno estudiantil, ejercido por los estudiantes del IPN y otro por la justicia, que demandaba la presentación con vida de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa— México experimentó un movimiento magisterial que duró cinco años. El movimiento magisterial contra la Reforma Educativa criticó los supuestos de una de las Reformas Estructurales insignia del gobierno de Enrique Peña Nieto,

esgrimiendo una crítica a los conceptos de autonomía y rendición de cuentas que implica la Reforma discutida y en contra de la implementación del Servicio Profesional Docente, así como de la evaluación subyacente. Entre sus logros se encuentran: la detención temporal de la evaluación y el revocamiento del despido de los docentes que fallaran la prueba (González, Rivera y Guerra, 2017).

En cuanto a la educación alternativa, impartida por los movimientos sociales, se ha de reconocer una raíz más profunda y heterogénea, puesto que se extiende por todo el continente en una multiplicidad de movimientos, en su mayoría indígenas y campesinos. La educación alternativa, ofrecida por estos actores, parte de la necesidad de profundizar la identidad diferenciada y de afrontar el abandono que el Estado ha tenido con sus comunidades (Zibechi, 2014a). La puesta en marcha de proyectos educativos por parte de los movimientos de este tipo plantea una crítica al ideal de formación propuesto por los sistemas educativos, incapaces de responder a sus necesidades que ignoran muchos de los saberes y las prácticas compartidas dentro de los mismos (Rockwell, 2012). Además, plantea la posibilidad de formar a sus miembros sin necesidad de un líder intelectual ajeno al movimiento que marque una agenda a seguir (Rockwell, 2012). En ambos casos, el cuestionamiento de la raigambre iluminista que subyace tanto a los sistemas educativos como a los líderes intelectuales de los movimientos sociales clásicos es el punto que da autonomía a la educación alternativa (Rockwell, 2012).

Por último, los levantamientos estudiantiles acaecidos en la región se presentaron como una particularidad regional en la presente ola internacional de movimientos (Tamayo y Ponce, 2019). México, Colombia y Chile han sido los casos más llamativos, pero no los únicos, a ellos se unen estudiantes paraguayos en 2015 para defender la Universidad Nacional de Asunción, también hondureños y nicaragüenses, quienes critican las prácticas gubernamentales de sus países, ambos en 2018. Estos son acompañados por los pioneros: Chile y Colombia cuyos estudiantes regresan a las calles ese mismo año cargando con demandas no resueltas y articulando otras nuevas. Mención aparte merecen los movimientos al interior de las universidades por parte de colectivos feministas que claman por un trato digno e igualitario dentro de las casas de estudio, ejemplos importantes: Costa Rica en 2017, Chile 2018 y México 2019-2020.

Otro motivo por el que se estudian aquí las protestas estudiantiles es su alta gama de intereses y demandas. Si bien todos ellos parten de las universidades sus demandas trascienden lo académico. En Colombia se opusieron a una Reforma Educativa que trastocó el derecho a la educación, lo que la convertiría en mercancía. El #YoSoy132 criticó el sistema electoral imperante en México e incluso impugnó las elecciones consideradas legítimas por los organismos electorales. En Asunción, los estudiantes reclamaron el nepotismo y la corrupción de altos mandos universitarios, lo que dejó al desnudo prácticas legadas del régimen político anterior,

anhelo de justicia que cimbró la anquilosada estructura burocrática de diferentes facultades. En Centroamérica, las disputas fueron directas contra el Estado, se denunciaron las vejaciones de las que la juventud centroamericana es una víctima muy sensible. Estos ejemplos demuestran como las demandas de los movimientos estudiantiles yuxtaponen una crítica al modelo político y económico de sus respectivos países

Además, dentro de los estudios de los movimientos *post 2011* se ha distinguido a los movimientos estudiantiles latinoamericanos como estandarte de innovación, tanto en las prácticas como en la organización. La organización horizontal ha sido estandarte del movimiento estudiantil mexicano. No obstante, en 2011 se vivió por primera vez la organización de una mega asamblea en la Universidad Nacional Autónoma que preconizaba el levantamiento de un movimiento estudiantil de carácter nacional (Amozurrutia, 2019). En Chile la organización estudiantil mantuvo el interés del público general y la presión contra las autoridades de manera creativa: los *flash mobs*, eventos de apariencia espontánea que implicaban una organización horizontal generalmente basada en el uso de redes sociales (Miranda y Ponce, 2016).

Tomando en cuenta su presencia en la región, la multiplicidad de demandas que enarbolan y la apropiación eficaz de expresiones contemporáneas de manifestación, consideramos al movimiento estudiantil como un actor central dentro de los movimientos sociales emergidos en esta década en la región.

Movimiento estudiantil latinoamericano

“La conflictividad social no es... una reacción mecánica de los grupos subalternos a la dominación que ejercen los poderosos” (Gentili et al., 2004, p. 1258).

Los movimientos estudiantiles han sido definidos como movimientos sociales específicos con características propias (Miranda, 2000; Rodríguez, 2013). Las cualidades que le brindan su singularidad han ido cambiando y complementándose con el tiempo. Aquí nos apoyaremos de la propuesta redactada por Andrés Donoso (2017a; 2017b), en la que procura un balance histórico de los movimientos estudiantiles que abarca los momentos más importantes de la lucha estudiantil en la región.

Tomando como punto de partida el movimiento reformista de Córdoba muestra la persistencia y evolución de algunas de estas características en las revueltas de 1968, considerada la primera gran revuelta mundial (Wallerstein, 1989). En su análisis de los movimientos estudiantiles, el autor chileno Donoso (2017a) identifica cuatro aspectos clave que los conforman a través de la región y de los últimos cien años.

El primer elemento que desarrolla es la *construcción de organizaciones autónomas* que brindan legitimidad y lo nutren de miembros a través de su poder de convocatoria. La fuerte organización que poseen

los colectivos estudiantiles es un elemento que les brinda cohesión al interior e identificación al exterior de los movimientos. Estas organizaciones pueden preceder la revuelta o crearse a partir de ella. Ejemplo del primer caso es la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech), organismo que nace en la década de 1980 y que fungió como articulador del movimiento estudiantil del 2011. En cuanto al segundo caso, la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE), surge en el movimiento colombiano de 2011 para aglutinar las demandas estudiantiles en un frente que trascendiera las divisiones institucionales.

Dos de las bases más importantes de estos movimientos ha sido una fuerte tradición democrática que privilegian la participación horizontal, así como una fuerte participación comprometida de sus miembros lo que permite la persistencia del movimiento (Aranda, 2000). La asamblea, como forma de participación efectiva, es una de las formas de organización más antiguas y características de estos movimientos; en ellas se favorece la opción del diálogo, aunque suelen ser caóticas y desgastantes en los movimientos más grandes; es el organismo de toma de decisiones predilecto; por ejemplo, en diversos movimientos estudiantiles en México. En cuanto al compromiso, se puede destacar a los estudiantes paraguayos, quienes tomaron las instalaciones de la Universidad Nacional de Asunción para proteger los archivos de la Rectoría de su posible destrucción o alteración, una toma inesperada que velaría en sus edificios durante varias noches.

El segundo componente es el ejercicio de modalidades visibles de presión, un elemento constitutivo de todo movimiento social. No obstante, no debería obviarse, pues los estudiantes latinoamericanos han sido señalados como innovadores en su implementación durante la presente década (Rodríguez, 2013). Novedad que abarcaremos aquí al contrastarla con la idea de la “normalización de la protesta” (Revilla, 2010, p. 52).

Como se demostró en apartados anteriores la tesis sobre la apatía ciudadana, en general y juvenil en particular, difícilmente soporta el análisis empírico (Orellana, 2017). La conformación de distintos movimientos sociales en la primera década del siglo XXI y a fines del siglo pasado (Svampa, 2010) que comparten la “producción de una concepción alternativa de ciudadanía” (Revilla, 2010, p. 54) y la apuesta por un repertorio de acción colectiva contenida concertaron lo que se denomina la “normalización de la protesta” (Revilla, 2010, p. 52). Basados en acciones aceptadas por la población, e incluso en colaboración con los gobiernos, y una disminución del uso de repertorio de confrontación y violencia, los movimientos sociales se erigieron como interlocutores legítimos de la sociedad frente al Estado y otros actores privados. Estas intuiciones encuentran un correlato basado en estadísticas regionales. De esta manera las marchas, huelgas y firmas de peticiones se consolidan como medios privilegiados para la acción (Revilla, 2010).

Frente a estas surge un repertorio de acción aún anclado a la acción colectiva contenida que favorece la diversión, el

espectáculo y el uso de las nuevas herramientas con las que se cuenta. Las protestas estudiantiles no solo se presentaban en el espacio público, sino que intentaban llamar la atención de los transeúntes y en algunos casos buscaban su colaboración. Es difícil encontrar tácticas más espectaculares que las emprendidas por los estudiantes chilenos. En ellas se combinaron dos características esenciales de los movimientos sociales contemporáneos: la expansión del repertorio de acciones llevadas a cabo y su articulación mediante el uso de redes sociales.

Las convocatorias en línea procuraban llamar la atención de participantes desconocidos por el núcleo organizador, quienes podían participar solo durante un evento específico o pasaban a formar parte de la base del movimiento. Estos eventos no eran los ya usuales conciertos, como en México o Paraguay, sino que implicaban parte de la cultura pop (Ponce, 2017); así se organizó el *Thriller* por la educación, emulando el distintivo baile del cantante norteamericano Michael Jackson, una *Genkidama* basada en la animación japonesa *Dragon Ball* que incluso contó con la participación de actores de doblaje mexicano, quienes prestaron su voz para la animación, por mencionar algunas de las más importantes, mientras que otras se inspiraban en el acontecer del movimiento, como las 1800 horas por la educación que alude a la cantidad de dinero necesaria para financiar la educación pública o la Playa para Lavin, entonces ministro de educación, que ironiza la toma de vacaciones sin regreso que merece este funcionario.

Esta nueva forma de protestar no desplazo las formas tradicionales. Los eventos lúdicos fueron acompañados por ingentes marchas, uno de los movimientos que más kilómetros recorrió fue el #YoSoy132 (Rovira, 2017). Estas marchas estuvieron marcadas por nuevas rutas, música y simbolismos. La solemnidad que suele involucrar a las marchas remarcó la importancia de la Marcha Fúnebre por la Democracia organizada por el #YoSoy132, para brindar notoriedad al evento. De tal manera, que la innovación presentada por los movimientos sociales está relacionada aún con las prácticas clásicas, aunque no se debe subestimar el impacto que tuvieron en sus países.

La novedad de los repertorios de acción que presentaron los distintos movimientos a través del globo, especialmente los estudiantiles (Paredes, Ortiz y Araya, 2018) deben matizarse, puesto que la experimentación de nuevas prácticas durante la protesta y la implementación de acciones directas son procesos que se remontan a la última década del siglo pasado (Vommaro, 2013). Estas adquirieron un enfoque mediático inusitado en los primeros años del siglo XXI, en el marco del altermundismo. No obstante, carecieron de una verdadera inclusión de los espectadores y fueron más bien espectáculos armados para el disfrute del público, pero no de su inserción (D'Angelo, 2014). Esto se diferencia de los repertorios contemporáneos, en estos se busca la persuasión y participación de los ciudadanos más que de sus miembros.

Un tercer postulado describe el carácter maleable de las demandas que explica cómo las exigencias estudiantiles surgidas de nimiedades logran articular un movimiento estudiantil e incluso extenderse ante demandas más generales. Quizás uno de los ejemplos más emblemáticos es el #YoSoy132, en este caso el arribo del entonces candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI) Enrique Peña Nieto a la Universidad Iberoamericana para presentar su plataforma de gobierno signó el inicio de un movimiento de envergadura nacional y notoriedad global. El evento terminó en la protesta por parte de estudiantes y la huida del candidato de las instalaciones en medio de un cordón de seguridad. Al día siguiente el intento de los medios masivos de comunicación por tergiversar y ocultar los sucesos, ya virales en las redes sociales para entonces, provocó la reacción del estudiantado. Presentándose con credencial en mano, que los acreditaba como estudiantes, 131 jóvenes confrontaron la versión de los medios. Una semana después, “insatisfechos aún con el ninguneo de políticos y medios” (Estrada, 2014, p. 93) se organizó la primera marcha contra los medios comunicativos que reunió a estudiantes de diferentes universidades, denunciando la colusión de las élites mediáticas y políticas (Cubides, 2016; Pleyers, 2018). Esto posibilitaría la futura organización del movimiento estudiantil, pero hasta entonces, es importante señalar la “inexistencia de una intención estratégica de formar movimiento” (Estrada, 2014, p. 95).

En el caso chileno también se observa esta tendencia. Las raíces que lo conformarían, fueron un par de casos puntuales: “la falta de reajuste en los montos de unas becas de alimentación [...] (junto a) una confusa venta de una universidad privada, la Universidad Central” (Donoso, 2017b, p. 76) conflicto en el que el “errático accionar del gobierno” (Donoso, 2017b, p. 76) y la posterior suma de las demandas clave del movimiento—el acceso con equidad, aumento del financiamiento público y la democratización del sistema educativo— (Cubides, 2016) lo robustecerían hasta estallar en un movimiento social.

Retomar este aporte permite profundizar en la comprensión de los movimientos estudiantiles contemporáneos al mostrar las raíces históricas de las prácticas estudiantiles y sus expresiones en los movimientos actuales. Las características que desarrolla en su marco conceptual han sido comunes a diversos movimientos estudiantiles acontecidos en la región en los últimos cien años. Este acercamiento puede perder ciertas características propias del ciclo de protestas al que pertenece, por lo que complementamos estas apreciaciones con una característica de movimientos más recientes: el uso de las nuevas tecnologías de la comunicación, y aún de los contemporáneos, el uso de redes sociales.

En la efervescencia del surgimiento de los movimientos sociales a través del planeta una de las primeras conclusiones fue que el ciclo de protestas estaba cobijado en el manto de la globalización tecnológica; es decir, que la expansión tecnológica de las últimas décadas había posibilitado

la emergencia del conflicto debido a su horizontalidad. En estas primeras aproximaciones el determinismo tecnológico jugó un papel importante al dividir la opinión entre optimistas que la defendían como condicionante de los movimientos y los pesimistas que señalaban la debilidad inherente a su conformación. No obstante, estudios posteriores han mostrado la fortaleza que pueden brindar los medios digitales tanto fuera como dentro de los movimientos (Galindo y Alves, 2015).

En la actualidad los estudios sobre esta temática convergen en la necesidad de incorporar la dimensión virtual a la física de las protestas. En este sentido, surgen confluencias de ambos mundos en direcciones complementarias, por una parte, algunos movimientos convocados mediante redes logran una articulación de un movimiento donde no lo había; por la otra, movimientos ya existentes pueden ampliar su base y demandas de acuerdo a la respuesta de las convocatorias abiertas en medios digitales. También, el uso de estas herramientas permite que las demandas evolucionen, de local a global y viceversa (Galindo y Alves, 2015), reconociendo en sus demandas y propuestas la pertenencia a la dinámica global.

En síntesis, los movimientos actuales logran articular la dimensión digital y analógica en un diálogo que las yuxtaponen y logra brindar fuerza, frescura y dinamismo a los movimientos. Las tecnologías como medios permiten la visibilidad de los movimientos en dos sentidos: por un lado, la convocatoria abierta a los interesados en

páginas virtuales posibilita la expansión del mensaje a un público interesado (Flores, 2017); por otro, logra proferir un discurso propio que le da identidad al movimiento (Cárdenas, 2016).

Conclusión

A casi una década del levantamiento global que significaron los diversos movimientos sociales, los diferentes estudios han logrado un consenso casi unánime en las características que presentaron, aunque se sigue discutiendo el nombre de pila que constituirá la investigación a su alrededor. Con la extinción del furor que supuso el 2011 los puntos más controvertidos de las discusiones han logrado acuerdos que posibilitan un análisis más productivo.

La definición que brindamos al comienzo sobre los movimientos sociales post 2011 sitúa los principales debates y las características que los movimientos presentaron durante este lapso con la intención de rescatar aquellas que tuvieron un peso para los movimientos estudiantiles latinoamericanos en este lapso.

Esta se robusteció con una contextualización de los movimientos sociales en América Latina, con la intención de criticar las nociones de novedad y despertar que sustentaron algunos análisis en la región. Además de inscribir a los estudiantes latinoamericanos en un proceso de largo aliento que se extiende más allá de la “primavera árabe”.

Considerando ambos horizontes analíticos se presentaron algunas características propias de los movimientos estudiantiles latinoamericanos en el nuevo

siglo, arraigadas tanto en su particular historia, así como frutos de las más nuevas formas de participación colectiva. Los movimientos estudiantiles más recientes no olvidan sus raíces al tiempo que las actualizan con prácticas contemporáneas.

Esto nos permite exponer las características de los movimientos estudiantiles latinoamericanos del siglo XXI: el carácter maleable de las demandas, la innovación en las formas visibles de presión y el papel de las nuevas tecnologías de la información y las redes sociales. Propiedades que si bien son resaltadas no son las únicas.

El balance de estos tres puntos encuentra que los movimientos estudiantiles no escapan a las corrientes de su tiempo, pero sí que logran innovar en campos en los que desarrollan su accionar. Aunque difícilmente existen prácticas netamente originales, si existe la apropiación de los medios para la protesta.

Referencias

- Alonso, C. y Alonso, J. (2015). Para seguir los rastros de los movimientos a inicios de la segunda década del siglo XXI. *Espiral*, 22(62), 9-42.
- Amozurrutia, K. (2019). #YoSoy132. En I. Ordorika, R. Rodríguez y M. Gil (Coords.), *Cien años de movimientos estudiantiles* (pp. 327-341). México: UNAM-PUEES.
- Bizberg, I. (2015). Los nuevos movimientos sociales en México: el movimiento Por la Paz con Justicia y Dignidad y #YoSoy132. *Foro Internacional*, 55(219), 262-301.

- Cárdenas, C. (2016). El movimiento estudiantil chileno (2006-2016) y el uso de la Web Social: Nuevos repertorios de acción e interacción comunicativa. *Última década*, 45, 93-116.
- Cubides, J. (2016). Movimientos juveniles contemporáneos en América Latina. Juventud y política en la encrucijada neoliberal. En F. Espíndola (Coord.), *Jóvenes en movimiento: experiencias y sentidos de las movilizaciones en la América Latina contemporánea* (pp. 119-157). Buenos Aires: CLACSO.
- D'Angelo, V. (2014). El Carnaval como counter-performance. Una lectura de la acción simbólica en los "más nuevos movimientos sociales". *Nómadas*, 44(4), 87-100. http://dx.doi.org/10.5209/rev_NOMA.2014.v44.n4.49295
- Domínguez, M. (2006). Los movimientos sociales y la acción juvenil: apuntes para un debate. *Sociedade e Estado*, 21(1), 67-83.
- Donoso, A. (2017a). Movimientos estudiantiles universitarios en la época contemporánea de América Latina: elementos para pensar un modelo de aproximación histórica. En R. Marsiske (Coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV* (pp. 57-83). México: UNAM-IISUE.
- Donoso, A. (2017b). Constantes en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: a partir del caso chileno de 2011. *Historia de la educación latinoamericana*, 19(28), 71-90.
- Estrada, M. (2014). Sistema de protesta: política, medios y el #YoSoy132. *Sociológica*, 29(82), 83-123.
- Feixa, C., Pereira, I. y Juris, J. (2009). Global Citizenship and the "New, New" Social Movements: Iberian Connections. *Young*, 17(4), 421-442.
- Galindo, L. y Alves, R. (2015). Movimientos juveniles y usos de las tecnologías digitales en América Latina. En H. Cubides, S. Borelli, R. Unda y M. Vázquez, (Eds.), *Juventudes latinoamericanas: prácticas socioculturales, políticas y políticas públicas* (pp. 183-213). Buenos Aires: CLACSO.
- Flores, D. (2015). Ganar la red no significa perder la calle. *Observatorio (OBS*) Journal, Media, Internet and Social Movements in the context of asymmetries*, 10, 167-178.
- Flores, D. (2017). Movimientos Sociales e Internet en México. En G. Pleyers y M. Garza (Coords.). *México en movimientos* (pp. 119-126). México: UABJO.
- Gentili, P., Suárez, D., Sturbin, F. y Gindín, J. (2004). Reforma educativa y luchas docentes en América Latina. *Educação y Sociedade*, 25(89), 1251-1274.
- González, R., Rivera, L. y Guerra, M. (2018). *Luchas por la Reforma educativa en México. Notas desde el campo*. Buenos Aires - Xalapa: CLACSO, Portal Insurgencia Magisterial.
- Juris, J. y Pleyers, G. (2009). Alter-activism: Emerging Cultures of Participation among Young Global Justice Activists. *Journal of Youth Studies*, 12(1), 57-75.
- Martí i Puig, S. (2004). Los movimientos sociales en el mundo globalizado: ¿alguna novedad? *América latina hoy: Revista de ciencias sociales*, 36, 79-100.
- Martí i Puig, S. (2018). Movilizaciones en el mundo global-local interconectado. En P. Ibarra, S. Martí I Puig, M.

- Cortina-Oriol y A. Sribman (Eds.), *Nuevos Movimientos Sociales* (pp. 55-62). Barcelona: Icaria.
- Miranda, N. y Ponce, C. (2016). Redes de confianza online y flash mobs: movilizaciones por la educación. *Observatorio (OBS*) Journal, Media, Internet and Social Movements in the context of asymmetries*, 10, 161-175
- Natanson, J. (2013). El retorno de la juventud. Movimientos de repolitización juvenil en nuevos contextos urbanos. *Nueva Sociedad*, 243, 92-103.
- Orellana, N. (2017). Alcances y límites de la noción de 'repertorio de contestación' para describir, medir y explicar la conflictividad en Chile. *Estudios sociológicos*, 35(105), 625-652.
- Paredes, J., Ortiz N. y Araya, C. (2018). Conflicto social y subjetivación política: performance, militancias y memoria en la movilización estudiantil. *Persona y Sociedad*, 32(2), 122-149.
- Pleyers, G. (2010). El altermundismo en México. Actores, culturas políticas y prácticas contra el neoliberalismo. En I. Bizberg y F. Zapata (Coord.), *Los grandes problemas de México. VI Movimientos Sociales* (pp. 361-395). México: El Colegio de México.
- Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas*. Buenos Aires: CLACSO. Recuperado de https://www.clacso.org.ar/librerialatinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=1475
- Ponce, C. (2017). Internet, nuevas formas de acción colectiva y subjetividades políticas: movilizaciones estudiantiles chilenas del 2011. *Persona y sociedad*, 31(2). 173-196.
- Ponce, C. (2018). Líderes jóvenes alter-activistas en Costa Rica en la era post 2011. En N. Garita (Ed.), *América Latina y sus pueblos en movimiento* (pp. 275-304). Heredia: Letra Maya.
- Revilla, M. (2010). América Latina y los movimientos sociales: el presente de la rebelión del coro. *Nueva Sociedad*, 227, 51-67. Recuperado de <https://nuso.org/articulo/america-latina-y-los-movimientos-sociales-el-presente-de-la-rebelion-del-coro/>
- Rockwell, E. (2012). Movimientos sociales y nuevas maneras de educar. *Educação y Sociedade*, 33(120), 607-713.
- Rovira, G. (2015). De las redes activistas a las multitudes conectadas. Movilización social, protesta global y tecnologías de la comunicación. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, 10, 157-170.
- Rovira, G. (2017). *Activismo en red y multitudes conectadas. Comunicación y acción en la era de Internet*. Barcelona: Icaria-UAM-X.
- Rodríguez, E. (2013). Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación. En E. Rodríguez (Ed.), *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación* (pp. 19-37). Lima: Secretaria Nacional de Juventud.
- Salinas, A. (2015). La ola internacional de protestas 2008-2013. *Encrucijadas*, 9, 1-23.
- Svampa, M. (2010). *Movimientos sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina*, Working papers. Kassel: Universität

- Kassel. Recuperado de https://mba.americaeconomia.com/sites/mba.americaeconomia.com/files/owp_working_paper_2010_01.pdf
- Tamayo, V. y Ponce, C. (2019). Juventud y política en sociedades en cambio. *Revista Temas Sociológicos*, 24, 9-22.
- Tatián, D. (2017). *La invención y la herencia. Nuevas bases para la reforma universitaria* (Vol. 1, Córdoba, 1918). Buenos Aires: Instituto de Estudios y Capacitación. Recuperado de https://iec.conadu.org.ar/files/publicaciones/1515086611_nuevas-bases-para-la-reforma-universitaria-1-2017.pdf
- Vommaro, P. (2013). Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles. *Revista Sociedad*, 32, 127-143. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/9468>
- Wallerstein, I. (1989). 1968: revoluciones en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes. *Estudios Sociológicos*, 7(20), 229-250.
- Wallerstein, I. (6 de junio de 2013). Levantamientos aquí, allá y en todas partes. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2013/07/06/opinion/021a1mun>
- Welp, Y. (2015). Cuando todo lo sólido se desvanece en Twitter. Análisis del movimiento social #YoSoy132 (México 2012). *Postdata*, 20(2), 417-439.
- Zibechi, R. (2003). Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos. *Observatorio Social de América Latina*, 9, 185-188.
- Zibechi, R. (2014a). Liberar el mundo nuevo que late en el corazón de los movimientos. *Revista Kavilando*, 6(1), 7-14. Recuperado de <http://www.kavilando.org/revista/index.php/kavilando/article/view/71>
- Zibechi, R. (1 de octubre de 2014b). Los nuevos-nuevos movimientos sociales. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2014/01/10/opinion/015a1pol>

AINKAA 